

## PROLOGO

### *del libro de Emeterio Sorazu Antropología y religión en el pueblo vasco \**

La antropología, con este nombre o con otros, tiene larga tradición en el País Vasco. Pero en nuestro tiempo atrae a su campo a muchos más simpatizantes, investigadores y lectores que antaño.

He aquí ahora un nuevo libro que abarca gran parte de los temas que incumben a la Antropología cultural o Etnología de este grupo humano que se llama pueblo vasco.

En él nos informa su autor acerca del resultado de minuciosas investigaciones en el campo y en las bibliotecas y de hondas reflexiones que durante años le han tenido como inmerso en la corriente de la vida popular.

El libro presenta abundante material etnográfico y numerosas noticias relativas al desenvolvimiento histórico de los vascos, empezando desde los tiempos primitivos.

Es, desde luego, una recopilación de datos clasificados y ordenados conforme a un plan adecuado al fin que se propone el autor, y un ensayo de interpretación para el que recurre a ratos a comparaciones que facilitan la labor.

Entre los temas que el autor aborda uno es el del aspecto tradicional de la cultura vasca. Lo que nos han legado las generaciones pretéritas, aun la parte que parece más marginada hoy en nuestro campo de visión, subsiste todavía porque vive: es un valioso lote de datos para el estudio de una o más fases del proceso histórico de nuestro pueblo.

Mas la realidad humana es variable, se halla en continua mudanza. Las tradiciones dan paso a nuevas formas, están en una decadencia hoy más acelerada que nunca, próximas a su ocaso o total extinción a causa de la industrialización de la vida y de las nuevas vivencias asociadas a ella.

Por eso urge la investigación y registro de los ecos que nos llegan verticalmente y por imposiciones de fuerzas alóctonas de las épocas pasadas. Es lo que han hecho generalmente los etnólogos, pero ahora se ha convertido esto en tarea particularmente apremiante.

Las estructuras y las actividades personales normalizadas han hecho llegar hasta nosotros viejos modos de vida económica, social y humanística. Su gradual descaecimiento, que ya venía de lejos, empezó a ser más sensible en los últimos siglos por desidia de muchos vascos y por presiones exteriores que, continuamente y so pretexto de culturizar al pueblo, llegaban de fuera del país. Ha sido un largo proceso de genocidio, de cuyas fases más recientes hemos sido testigos y sujetos pacientes.

El año 1946, en una asamblea del «Congreso Internacional de las Ciencias

\* Ps. X-XV, Usurbil: Gráficas Izarra. 1970.

Antropológicas y Etnológicas», celebrado en Oxford, leí una comunicación en la que expuse el estado de la cultura propia de nuestro país y el peligro de desaparición en que se hallaba la etnia vasca, única prearia que había sobrevivido hasta nuestro tiempo en el occidente de Europa. Señalé la necesidad de investigarla, no sólo porque así lo exigen los estudios etnológicos de nuestro continente, sino también para que se conservara cuando menos el recuerdo del pasado como elemento de la conciencia histórica de las generaciones venideras, y la necesidad de recurrir a los Gobiernos responsables denunciando su actitud adversa al desarrollo normal del pueblo vasco (1). Fue bien acogida la exposición, pero lo del recurso a los Gobiernos fue recibido con escepticismo, incluso hubo quien dijo algo que me recordó aquello de Stefan Zweig: «La verdad y la política no se albergan bajo el mismo techo.»

¡Conservar el recuerdo del pasado! A esto y a promover nuevos estudios de nuestra etnia contribuyen los trabajos como este de D. Emeterio Solazu.

La investigación, el registro y la descripción de la cultura es labor que le corresponde al etnógrafo: acopio del material que estudia la Etnología.

La Etnografía, como anotación y descripción del saber popular, ocupa gran parte de la vida profesional de quienes se dedican a la Antropología cultural. Es actividad que no debemos cargar mucho con teorías, si queremos ser objetivos. Puede la teoría servir a veces de estimulante a la investigación, pero en general no debe pasar de ahí: un gramo de hechos vale más que una tonelada de aparato teórico.

La investigación minuciosa que, además, se extienda a lo ancho de una población y comarca o país, proporciona al etnógrafo material necesario para conocer las estructuras de la vida popular y montar su visión de la etnia. Puede hacerse en el campo, también en los archivos, en las publicaciones y en los museos, pero es, sobre todo, el trabajo sobre el terreno el más apremiante, porque se dirige a realidades que van cambiando incesantemente.

El registro de los hechos y de los objetos comprende la descripción de su forma, de sus dimensiones, de la naturaleza de su material, de sus funciones, de sus relaciones y de su significación en el contexto geográfico, climático y socio-cultural, buscando principalmente a qué idea o plan responde su existencia.

Hay que apuntar, pues, las vivencias colectivas en su andadura, siquiera sea en la última o más reciente etapa de su proceso histórico; es decir, en las fases en que se hallen al alcance de las observaciones del investigador y de sus informantes.

Esta labor puede permitir el conocimiento de estructuras sociales capaces de subsistir a través de transformaciones más o menos profundas de diversos elementos de su tectónica original. Así ha ocurrido con la captura o caza de los animales salvajes, en la trashumancia pastoril, con el modo de vida agrícola, con diversos aspectos de la casa y de la sociedad familiar, etc.

Es, desde luego, su estructura o su entramado económico lo que primero

---

(1) Rev. *Man*, XLVI, Londres, 1946.

configura una comunidad: *primum vivere*, como decían los antiguos. Pero no son únicamente los problemas económicos con sus soluciones, ni los que se refieren a sus facetas instrumentales —a las ciencias positivas, a las técnicas, a las profesiones y otros modos de existencia— los que forman lo más serio ni lo más característico de la vida del hombre en cuanto hombre, sino la estructura y el programa general de nuestro comportamiento que responde al *porqué* y *para qué* de la vida humana. Es el humanismo basado en la religión, en el reconocimiento de que el hombre depende de algo que no es él mismo: creencia en *Otro* que trasciende al hombre y al mundo que le rodea, creencia que ha vertebrado la estructura principal del vasco desde el tiempo en que nos es abordable este problema en la vida de nuestro pueblo.

En este general empeño de buscar el saber popular en el grupo vasco, es obvio tratar de conocerlo también en su dimensión diacrónica. El autor de este libro acude en gran medida a la arqueología prehistórica.

Aquí el terreno es menos seguro. Si al estudiar la cultura actual es tarea har- to difícil descubrir fielmente en sus elementos los aspectos morfológico, funcional, orgánico y, sobre todo, el ideal, sin los que tales elementos quedarían incógnitos, en la prehistoria cuyos documentos nos llegan en parte sin contexto como destellos dispersos en un inmenso espacio oscuro, la dificultad es mucho mayor.

Una pieza tallada, un bisonte pintado, un monumento, es un signo que remite a una mentalidad diferente de la del observador. Privado de su entorno original, de su función orgánica y de su significación cultural o de la idea a que obedeció su existencia, se nos presenta como algo polivalente. En tales condiciones, nuestro diagnóstico a milenios de distancia sería aventurado y nuestra interpretación frecuentemente insegura. Con todo, en algunos casos, llegamos a conocer ciertos modos de existencia y, en otros, logramos pruebas indiciales que nos permiten una recuperación parcial de los hechos estudiados. Tal ocurre con los tipos humanos de diversas edades prehistóricas, con los géneros de vida, con las técnicas al uso. También barruntamos el sentido religioso de la situación, de la forma y de la naturaleza de muchos objetos, de las pinturas, de los grabados y esculturas, etc.

Cuando el señor Sorazu hace el análisis genotípico y trata de los orígenes del tipo antropológico vasco, señala como probable que los vascos descendan de la última población paleolítica del Pirineo. Es una opinión de la que una de las bases es sin duda el estudio de los cráneos que Aranzadi y yo descubriéramos en el yacimiento prehistórico de Urriaga (Itziar) en los años 1935 y 1936, estudio que publiqué más tarde —año 1947— en la revista *Ikuska* (2). Otra base es la persistencia de ciertos hechos culturales con detalles precisos propios del Paleolítico superior que llegan hasta épocas más recientes en las que la población vasca se halla presente.

Para todos estos aspectos de la etnia vasca estudiados en este libro hallará

---

(2) J. M. de Barandiarán: *Antropología de la población vasca* (en *Ikuska*, números 6-7, Sara, 1947).

el lector amplia información en las páginas siguientes. Con obras así queda lograda en gran medida y asegurada para el porvenir la imagen del vasco tradicional y de su cultura.